

Premio nacional de crítica y ensayo: arte en Colombia
Ministerio de cultura – Universidad de los Andes
Categoría texto largo

CRÍTICA SOBRE UNA HISTORIA, CUALQUIERA, DEL ARTE

Don Cualquiera

En cualquier tipo de concurso o premio de arte promovido por el Estado, se desconoce el nombre de las personas encargadas de los mismos porque deben ser anónimos, por lo mismo no se sabe si son artistas o conocen sobre las situaciones que rodean al variopinto mundo del arte; sin embargo me atrevo a suponer la siguiente situación: pueden ser funcionarios que empiezan a planear un concurso, una mañana cualquiera, sentados en una oficina institucional, cuya tarea, tal vez dictada por un superior, será definir las reglas o condiciones de participación a dichos premios. Este puede ser el origen del tema principal de esta crítica: los filtros.

Establecer filtros puede ser tarea de funcionarios, saber cómo descartar participantes antes que analizar o evaluar aspectos propios del arte que puedan contribuir con una valoración o protección de la expresión plástica. A lo cual podrían contra argumentar que antes de hacer esta revisión valorativa, se requiere seleccionar, porque pueden ser muchos y no habría tiempo para verlos a todos, entonces los filtros obedecerían a la eficiencia. Quizá así se llega al archiconocido primer filtro que trataremos: la edad.

Para unos concursos (muchos) se considera un límite de edad que no debe excederse a los 35 años y estos premios se promocionan como categoría de arte joven. A quien supera esta edad le puede surgir una inquietud ¿cómo determinarán si unas obras u otras manifiestan dicha categoría? ¿Acaso el arte joven tiene algún aspecto en particular, un rasgo que lo clasifica como tal, un tema, el manejo de unos materiales? Me pregunto también si en ese caso, los encargados de una convocatoria como esa, nunca han reflexionado en la posibilidad de una vocación tardía que manifieste actualidad o propuesta novedosa, aunque para ello habría que explicar por qué se considera a la edad como un rasgo determinante para el arte. Será que buscan brindar una oportunidad, pero si casi todos los concursos

limitan la entrada con la edad y esta tiende a ser menor de 35 años ¿es una oportunidad o es una exclusión?

Me explico¹: cuando ingresé a la universidad tenía veintidós años, me gradué por diversas razones personales ocho años más tarde, a los treinta años; un poco viejo para el mercado del arte. Hay salas de exposición privadas que no admiten personas mayores de veinticinco años, así que desde el mundo universitario tuve que enfrentar la desventaja de mi edad. Durante el proceso de estudios tuve al menos dos o tres compañeros que contaban al comienzo de la carrera con treinta y cinco años o más y se graduaron pasados los cuarenta. Me pregunto ¿Qué habrá sido de ellos? Según su edad, para ese momento, ya eran artistas viejos como lo soy yo ahora y cómo harían para superar el primer gran filtro de los concursos que *ayudan* a los artistas, la reiterada edad. (Filtro uno).

Lamentablemente la situación puede empeorar pues también le exigen “edad” a las obras que se proponen para exponer o concursar llegando así al segundo filtro. Referiré otra anécdota personal. Un día cualquiera me encontré por casualidad con la persona que dirigía por ese entonces la sala de exposiciones de mi *alma mater*. En medio de la charla pregunté si yo como egresado podía mostrar mi trabajo en la universidad, a lo que respondió no habría ningún problema. Decidí entonces armar una propuesta con al menos veinte obras, obras producto del esfuerzo denodado de los últimos cuatro años, con miras a tener tanto la oportunidad como el orgullo de poder exponer en el lugar donde estudié.

Puede sonar pretencioso aquello de esfuerzo denodado, pero no lo será acaso ¿cuándo esas obras se hicieron en las horas libres que me dejaba el trabajo como profesor de educación artística en un colegio? Para poder hacerlas tenía que llevar parte de mi taller al lugar, esconderme de todo el mundo, alumnos, compañeros de trabajo, coordinadores, rector y hasta padres de familia. Me preguntaban, además de verme como un bicho raro, ¿para qué hace eso? ¿Y eso qué es? ¿Eso es arte? Con paciencia respondía: cuando se estudia artes plásticas si no le dejan ninguna herencia a usted o, no es famoso; o si no tiene nombre ni apellidos; o si tampoco cuenta con conexiones importantes; o, en su defecto si su orientación sexual no es

¹ En adelante haré uso de algunos hechos de mi historia personal a riesgo de parecer que altero la objetividad, pero estos hechos, semejantes a los de varios colegas, son mis argumentos más próximos para dar cuenta de una realidad que expone esta crítica cualquiera. Además mi formación, sobra decir, no es sobre la escritura y la técnica que conlleva sino sobre cómo el mundo me afecta y lo expreso y lo transmito a través del lenguaje plástico, así que el esfuerzo que realizo por ser escuchado antes que por ser observado, verdadero pincel de mi expresión, procuraré que no se convierta en un motivo de desventaja.

la más promocionada y vulnerada: hay que ser profesor de arte y continuar soñando, pero en los ratos libres.

Luego de esta digresión, volvamos a la citada exposición. Una vez hecha la selección de las obras, llevé a la universidad el portafolio con las fotografías que había tomado y revelado. Esperé un tiempo prudencial pero empecé a preocuparme pues no recibía respuesta alguna. Pasado un mes me acerqué a la facultad y allí, simplemente, sin explicaciones me devolvieron el portafolio al parecer sin siquiera ser visto. Intrigado por este procedimiento no exento de misterio, me dirigí a la sala de exposiciones, confronté a su director, le pregunté si la que entendía era una negativa tenía que ver con las fotos o con la calidad de mi trabajo, él, respirando profundamente como queriendo no pronunciar palabra, dijo: -“son obras viejas”, de hace tres o cuatro años”. A lo que siguió un silencio espectral que cerró todo diálogo. El *shock* que me produjo de seguro se hizo visible en mi cara porque solo en ese momento, ahí, aprendí que no se debe poner la fecha real a las obras en la ficha técnica, sino que debo “actualizarlas” cada vez que quiera participar, a menos de que me quiera encontrar de frente con uno de los velados filtros, estos no establecidos ya por funcionarios de oficina sino por la Academia, la misma que me dejó estudiar no siendo tan joven como se requería. Concluí, todo debe ser reciente, quien crea y lo que crea, la historia del arte está abocada al olvido, demasiado vieja para significar.

Despejadas ya estas dos evidencias que me dejaban apreciar lo difícil que sería hacerme visible y estar vigente pese a ser activo en mi trabajo plástico, llegué a un filtro más por atravesar. Otro aspecto que debía detentar para poder participar aparte de la edad y la antigüedad de la obra tenía que ver con el tamaño. El número de páginas de la Hoja de Vida. ¡Currículo! Hay que ser Artista consagrado, legitimado, antes siquiera de aspirar a serlo. De lo dicho hasta aquí se comprende: si usted llega a superar el escollo de la edad tanto de la propia como de la de sus creaciones, ahora demuestre que lleva años siendo Artista.

Por consiguiente, dependiendo de la convocatoria o del espacio para exponer, tendrá que hacer evidente con catálogos, publicaciones, videos, fotografías, críticas, etc., el reconocimiento o la validación externa (tercer filtro) en los círculos del arte. Debe constar su participación en exposiciones, se exige como mínimo dos años o hay algunas, donde solo basta con los últimos diez años de trayectoria.

Vale la pena aclarar que en muchas ocasiones dicha validación es igual a depender por depender, de otros o de otras, generalmente no artistas, es decir no creadores sino sabedores; sin embargo plenos de poder y dueños del derecho a decidir sobre los que sí hacen. Quienes ejercen crítica de las artes, durante mucho tiempo se ha sabido, entre sus filas cuentan con eruditos que saben más aún sobre la obra que el humilde creador de un arte que como se sabe fue tratado como menor por ser hecho con las manos y no con el intelecto. Ellos o ellas, por lo mismo tienen el don para saber a quién se puede avalar y esa profunda sensibilidad es tan desbordante en algunos que pese a ser ingenieros, historiadores, filósofos y otra suerte de disciplinas no propiamente artísticas, manifiestan inclusive, que determinaron no pintar, por ejemplo, porque no quieren hacerlo, se infiere de ello que talento les sobra y pueden sublimarlo a través de doctas explicaciones sobre el artista elegido que solo una inteligencia superior puede desentrañar.

Para seguir esclareciendo cuánto pesa el problema de la validación cuando se quiere concursar o exponer tomaré como ejemplo otra experiencia personal: por estos días está vigente una convocatoria “abierta” que convoca a “artistas” para presentar trabajos tal como se lee en la página *web* de la misma. No obstante dicha convocatoria es de cine. En la medida en que se van leyendo las bases del concurso se comprende, que va dirigida, evidentemente, a realizadores visuales, directores de cine, o personas formadas en los medios audiovisuales. Como la palabra artista que usan me genera una ambigüedad puesto que quizá sí haya espacio para plásticos, me doy a la tarea atrevida de preguntar con miras a no querer incurrir en malas interpretaciones, así que aun con todo y el temor de hallar otro filtro, les escribo, con la certeza de siempre, atenderé a las normas, y redacto la pregunta: “¿Si entiendo bien, las personas egresadas de la carrera de cine o audiovisuales, ya no son directores de cine, sino que son artistas, es decir no hay diferencias entre la carrera de cine y la de artes plásticas? Me responden: “la palabra arte y artista es muy amplia, **como debería saberlo usted**. Claro, como “artista plástico” puede presentar su obra, aunque estaría en desventaja técnica frente a los directores de cine y video”.

Al final la conclusión a la que llego es: convocan “artistas” pero mi perfil de artista no es el que se espera participe porque debería tener claro ya que bajo esta denominación caben muchos oficios. Problemas semánticos de cambio de sentido que, otra vez, pueden convertirse en filtros y confunden

a los artistas o a los artistas que no somos Artistas, sin la edad para hacerlo, ni las obras vigentes, pero que seguimos buscando oportunidades.

A partir de este momento me asalta un temor más, la aparición de otro filtro, uno vedado, porque no es tan claro, derivado de la experiencia narrada arriba. En el deseo de ampliar la cobertura, desde el punto de vista de quienes establecen las reglas de juego para las convocatorias, está la posible inclusión en esas reglas, de los planteamientos de Joseph Beuys en relación a su “plástica social” o lo que tantas veces repitió: “cada hombre es un artista”, tal vez pueda ser el soporte del cuarto filtro o filtro roto. La denominación donde todos caben a costa incluso de que los artistas plásticos sean rechazados por ser plásticos.

De este modo aparecen convocatorias para concursos de arte, que no exigen ningún tipo de requisito, ni siquiera el de ser artista plástico. Si en unas convocatorias restringen al máximo la participación, en otras nos obligan a competir por un lugar ya no sólo con artistas plásticos, sino con todo aquel que quiera presentarse. En unas convocatorias nos impiden el paso al máximo y en otras simplemente no somos necesarios, podría no presentarse ni un solo artista plástico y nada pasaría. “Artistas” hay de sobra. A este punto, confieso, no entiendo cómo funciona el mundo de los concursos o las exposiciones solo sé que pocos tienen real cabida o muchos pueden pasar siempre y cuando no sean artistas sino Artistas...

Hasta aquí tenemos: la edad del artista, la edad de la obra, el tamaño de la hoja de vida, la validación por esos otros y otras, es decir las publicaciones en revistas, los premios obtenidos, las exposiciones dentro y fuera del país, los estudios, la maestría aquí o afuera, el compartir el espacio con todo el mundo, etc. Talanqueras. Se debe tener todo eso en orden entre los veintitrés y veintiocho años de edad, para aspirar a ser artista o si no, hay que ir aceptando sobre los cuarenta, sin hoja de vida, sin fama, que lo dejó el tren. Así trabaje todos los días, así produzca en forma permanente, así tenga todas las paredes de la casa centímetro a centímetro pobladas de cuadros, pinturas, dibujos, grabados. Sin mencionar su trabajo tridimensional.

Soy rico, cada obra que he creado tiene un precio que puede oscilar entre los cinco y diez millones y calculo haber hecho alrededor de doscientas. Obras que conservo en las paredes, en los armarios, en el baño auxiliar, en

un mueble de pared a pared que se diseñó especialmente para las obras más delicadas, en casa de mis hermanos, en casa de mis padres y con el advenimiento de la tecnología y la fotografía digital en DVDs, en discos duros, en la nube, en Facebook, en youtube.

La sensación de exclusión reteñida por no pertenecer a ningún círculo del arte (filtro quinto) comencé a percibirla así -de una manera más clara- desde una tarde en que pasé a ver una exposición retrospectiva sobre un reconocido fotógrafo en un importante museo bogotano. El fotógrafo había fallecido hacía poco tiempo. La exposición, como muchas otras, mostraba la vida y obra del fotógrafo de forma cronológica. Una exposición para conocerlo o para recordarlo según fuera el caso y el interés del espectador. Una de las salas del museo reunía en forma circular, en sus casi 360 grados, una gran cantidad de fotografías de diversos temas o intereses retratados por el fotógrafo durante su vida profesional. Hacia la parte central de la mencionada sala, la curaduría había hecho una selección de retratos de artistas plásticos reconocidos en el ámbito del arte en Colombia, los habían dispuesto de forma triangular, de tal manera que al entrar allí quedaba uno flanqueado en todas direcciones por las reproducciones fotográficas de gran tamaño de los artistas.

Al principio me dediqué a reconocerlos, fueron viniendo a mi cabeza sus nombres, sus obras y la época, pero una sensación de que algo estaba sucediendo en mí comenzó a crecer, fue entonces que el presentimiento de exclusión se aclaró en mi mente como una revelación: el fotógrafo y un buen número de los retratados eran homosexuales. Artistas, reconocidos, famosos. Evidencíé de este modo uno de los círculos que debe existir sin existir en el circuito del arte en Colombia. De manera prosaica se le llama *rosca*. Los que ostentan el poder de decisión o el poder económico ayudan a otros y otras a subir, a escalar, a mantenerse vigentes con muestras, con críticas favorables, con publicaciones. Pero estos círculos, parecería, solo ayudan a sus iguales.

Comprendí, una vez más, por qué años atrás no surgí como artista en forma rápida. En una exposición colectiva en la que participaba conocí un personaje diminuto que vestía de traje y usaba siempre una chaqueta impermeable a manera de sobretodo. Se expresaba con gran solvencia y seguridad sobre el arte y sus mecanismos. Me atrajo su presunta seguridad y conocimiento aún más cuando su interés se posó en mis cuadros y me dio su número de teléfono. Aclaró que trabajaba junto a uno de los críticos de arte más reconocidos del país. Lo visité en una oficina X

del Estado. Le llevé algunas obras de pequeño formato, las cuales fueron elogiadas y adquiridas. Me habló maravillas de cómo íbamos a sacarlas del país para mandarlas a recorrer el mundo. Hizo dibujos del montaje que se debería hacer. Me pidió más cuadros. Estuve visitándolo durante unos dos meses, pensando solamente en la parte artística y nada más. Cuando fui a concretar algo en términos plásticos se escabulló, se evadió, me dijo: “-otro día lo llamo”. He ahí el círculo, ahora comprendo que tenía que haber hecho algo para penetrarlo.

Ya he mencionado el tema de la validación (o tercer filtro); sin embargo me resulta necesario profundizar en el argumento con ejemplos para precisar la idea. Recurriré por lo tanto a una muestra en curso como ejemplo, con la intención no de cuestionarla, descalificarla o elogiarla sino de usarla como modelo de cuánto influye la validación. Acudo a ella porque es una muestra polémica en donde fácilmente los espectadores toman partido y, de plano, la alaban o la rechazan.

Por estos días la fundación Gilberto Alzate Avendaño, presenta una exposición llamada “Cuerpo en disolvencia” la cual es el proyecto ganador del año 2012 dentro del programa “Internacionalización del arte colombiano” dirigido a curadores. La muestra estuvo expuesta en Lima-Perú entre el 4 y el 28 de abril del 2013. La muestra exhibe trabajos de artistas de Colombia, en donde el interés primordial del desarrollo de las obras está fundamentado en los fluidos corporales: semen, orines, sangre obtenida de dos maneras, una extraída de las venas o heridas auto infligidas, se supone, y otra la de la menstruación, vómito, heces, lágrimas, saliva o escupitajos. Son trabajos que fueron realizados entre finales de los años setenta y el año 2013. Cada uno de los artistas, de seguro, tuvo sus razones para realizar sus trabajos expuestos, documentarlos en video o en fotos para exhibirlos.

En la muestra no hay un solo trabajo que dé cuenta de los lenguajes tradicionales de las artes plásticas, lo que ya la hace diferente. En algunos casos la fotografía y el video son sólo el registro de la obra, de la acción o el *performance*, en otros casos hay algunos objetos que son la obra misma.

No sólo un espectador lego podría deducir que la muestra parecería, al tiempo, más un parapeto de personas excéntricas o simplemente raras o con traumas, y de esta manera se desvanecería la apreciación de estar frente a artistas. El desconcierto está presente. Puede llegar uno a confundir los expositores con personas extravagantes, con deseos de

exhibirse, de mostrarse, de rebasar los límites, de escandalizar, de incomodar a los espectadores, de herir susceptibilidades. Todo eso lo logran, lo obtienen, ya que durante el recorrido por la muestra resulta difícil no sentirse asqueado porque cabe también la posibilidad de que la respuesta esté deliberadamente manipulada y esto resta fuerza a la expresión, más que suscitar reflexión, conduce, y cómo no, agrade. No despierta lecturas variadas sobre un tema sino unívocas, casi como un dogma que recorta la experiencia.

En la búsqueda de un conector que lo lleve a uno a comunicarse con las ideas que plantean, es necesario auto controlarse para terminar de ver los videos en su totalidad. Inevitablemente, con ese esfuerzo el espectador termina repugnado y vacío, igual que algunos de los artistas que lo dejaron todo allí de diversas maneras y por diferentes vías.

Mientras leía lo que las personas habían escrito sobre la muestra en Lima, opiniones que se encuentran a manera de libro como parte de la misma sobre un cajón de madera, un señor con cara de desconcierto y balbuceante trató de hablarme como para buscar apoyo o consuelo, pero no pudo; en su cara se notaba cuánto lo había perturbado lo que había visto. Pude escuchar levemente mientras se marchaba que se decía: -¿Eso es arte? Mientras abandonaba la sala, pude escucharme en un susurro afirmando sin mucha convicción: sí, esto es arte...

Y he ahí el meollo de la validación. Solamente si el dueño de la galería o el crítico de arte o un curador o los jurados de un concurso de arte X, permiten que en su presencia la artista devuelva o vomite lo que se acaba de comer sobre un vidrio, grabarlo en video, y luego reproducirlo incansablemente sobre una pared, se vale. Deja de ser un simple acto coprológico, en el de caso de las heces y se convierte en la posibilidad de ser una obra de Arte, ahora en mayúscula.

Resulta muy complejo comprender en qué se sustentan esas validaciones, ya que dudo que estos trabajos estén allí por ser “bonitos”. Están en esa muestra porque *alguien*, en algún momento los validó. Le parecieron bien o le gustaron. Acto seguido, los justificó. Sugiero a quien lea esto que vea la muestra, desentrañe el texto introductorio y juegue a ser curador de arte. Según sus criterios y sensibilidad artística decida a qué trabajos les daría el aval para ser obras de Arte. Hay que tener muy en cuenta que son obras que se encuentran en un espacio oficial de exhibición patrocinado

por el Estado, eso quiere decir que ya pasaron los filtros y van camino de ser Arte.

Pero la validación, por otra parte, no es gratuita porque puede llegar a confundir. El mundo del circuito del arte en Bogotá se parte en dos cuando en una misma muestra se evidencian dos posturas bastante diferentes. Una, Artecámara, con una exhibición de trabajos que van por la línea de lo meramente experimental, en algunos casos, y en otros por lo que está de moda. Aclaro, para la exhibición del 2012 alcancé a contar entre ocho y diez artistas que exponían su obra de la misma manera, toda la pared llena de dibujos o pinturas o fotos, o toda la pared intervenida, lo cual es una tendencia en muchas exhibiciones. Por otro lado encontramos lo vendible, Artbo.

Es extraño, por decir lo menos, que se encuentren juntos en un mismo espacio Artecámara y Artbo cuando son tan disímiles. Empecemos por comprender la visión de Artecámara, hace unos años se presentó una obra llamada “Culo de artista”, consistía en una valla con la fotografía de un trasero peludo de dimensiones monumentales, esta curaduría sobre arte joven o artistas jóvenes experimentales dejaba notar que la convocatoria avalaba a los artistas para hacer lo que se les viniera en gana, como la obra mencionada. Al tiempo, cabía la lectura de cómo esta acción coprológica (cagarse en Artbo) podía ir en contravía de la muestra que ubicaban justo al lado, las galerías o Artbo.

Entonces, ¿qué les están diciendo a los artistas? ¡Jueguen, experimenten, exprésense! ¡Vuélvanse locos y locas! Pero cuando se trate de vender, modérense, cálmense, hagan cosas que se vendan: pinturas técnicamente bien realizadas, dibujos de caligrafía impecable, mucha sutileza, mucho óleo, cosas bonitas, fotografías sorprendentes por su factura. Ojo con el tema, hagan obras que al público le gusten para que las pongan en la pared de la sala. Para que al señor y a la señora que piensan en comprar obra se sientan agradados, porque si miran detenidamente hay que producir para vender. Piensen en la marquetaría, en los acabados, en cómo se van a ver exhibidos en una casa o en una oficina. De todo aquello deduzco, más allá de mi impresión personal sobre el asunto, una gran contradicción entre un arte experimental y un arte para la venta.

Por lo tanto obtener beneficios económicos a partir de los trabajos de la muestra referida antes, “Cuerpo en disolvencia”, como el video del vómito, el de los escupitajos, las toallas higiénicas usadas, los papелitos con

manchas oxidadas de la eyaculación, etc. no sé cómo se pueda lograr en el marco de Artbo. La validación en el arte contemporáneo, en Bogotá, en Colombia, tiene sus fronteras fracturadas, por lo mismo aparece cualquier cosa, pues todo vale. Es una manifestación clara del cuarto filtro o filtro roto.

Después de más de dos mil palabras voy llegando al penúltimo filtro del que quiero hablar. Pongo el número de palabras porque para justificar y auto validar lo que digo debo usar precisamente palabras. Me refiero a los “Referentes conceptuales para leer la obra”. (Sexto filtro)

-Requisitos para la inscripción de una obra plástica: en máximo una página esponga conceptualmente en qué consiste lo que va presentar. Creo que estoy exagerando, hay que hacerlo en un párrafo. Un abstract. Falta que lo pidan en inglés. Estoy de acuerdo con que exijan esos requisitos cuando se es estudiante y hay que presentar proyectos en la universidad o que para graduarse se necesite una memoria escrita. Para mi graduación escribí un texto de treinta páginas, una por cada año de edad y así mismo presenté treinta obras plásticas. Era necesario, era académico y en ese momento pertinente.

El argumento que esgrimo para cuestionar este filtro más, es que el mismo (el sexto filtro), se convierte en un arma de doble filo. Supongamos que se logró sintetizar por escrito lo que se aspira suceda en el hacer, en la obra. Pero en la realidad no es así. El texto dice unas cosas y la obra no las refleja. Como artista, ¿qué debería hacer?, podría ser mejorar los procesos de escritura para lograr que lo que se escribe se parezca a la obra que se hace y así lo uno y lo otro se complementen. Pero sucede (es mi teoría) que comenzar por definir conceptualmente lo que uno se propone hacer como artista, establecer sus referentes teóricos, escribirlos, crear un texto, con eso lo que se logra al final es limitarse.

Una estructura solicitada bajo ese *ítem*, malogra el proceso creativo pues lo amarra, no le permite fluir. No lo deja crecer porque obliga a que pase lo que pase se parezcan uno con el otro. Me imagino que algunos y algunas como yo, en el momento de inscribir una obra le fabricamos un texto lo mejor posible al trabajo, para cumplir con el requisito. Aclaro, no quiere decir esto que uno desconozca hacia dónde va sino que para este lenguaje no siempre es indispensable este paso.

En el circuito del arte contemporáneo en Colombia me pregunto por qué todo debe ser explicado, justificado, nombrado, encajado, encasillado. Tengamos en cuenta que históricamente para hablar de la Idea como obra de arte, tenemos que remontarnos a Duchamp, pasar por Beuys, hasta llegar al arte conceptual, pero esa sólo es una de las maneras de ver el arte o de crearlo. Aquí se volvió la norma. El título de la obra debería bastar para que ésta sea leída. Exijan título. Pero se afincan en lo que suelen llamar **solidez conceptual, en la pertinencia y la justificación** del por qué se hace, para qué se hace, qué significa o el aporte al arte colombiano qué podría generar. No se debe olvidar que las palabras han ayudado a formar tanto oradores como charlatanes.

Crear y vivir en el mundo plástico es estar constantemente pensando y sintiendo de otra manera, una manera que no es propiamente racional o lógica o hecha de palabras, es diferente. No abundan los discursos sino las imágenes. Los individuos que hacen uso del poder de decisión llámense jurados, críticos, periodistas, dueños de galerías, los medios, algunos docentes, algunas universidades, se han empeñado en volver la creación artística un proceso racional, lógico, de causa efecto, explicable a la luz de la razón, tangible, demostrable como la ciencia. Si no hay un texto de por medio no hay obra. Una obra sin referente conceptual para ser leída es una obra huérfana de sí misma.

He dado en llamar a esos otros y otras validadores de la nada, usurpadores del acto creativo, que creen que les pertenece porque ponen sus juicios racionales en textos incompresibles, precisamente para que parezcan inteligentes. Son escritos crípticos, ilegibles. En este momento tiro un salvavidas al mar de lo incomprensible, a la persona que tenga la bondad de traducirme el texto que abre la exposición “Cuerpo en disolvencia”, sabría agradecerlo. Porque como anoto anteriormente, cuando me refiero a la desconexión entre texto y obra, en el referente introductorio de la muestra se evidencia claramente ese problema, lo que dice no se ve reflejado en los trabajos, porque no se entiende de qué es lo que habla, parece una mera invención textual capaz de darle sustento hasta a lo que no lo tiene. Lo que me lleva a las siguientes conclusiones frente a la exposición que me sirvió de ejemplo:

1- Lo que dice el curador de la muestra no es un texto válido para ser leído, sino una acumulación de palabras que visualmente parecen un escrito.

2- Lo que se ve en la muestra referida no es arte sino experimentos para provocar reacciones en el espectador.

Finalmente mi reflexión hasta aquí y mi historia personal como Maestro en Artes Plásticas llega asimismo a dos consideraciones puntuales:

- A. El arte contemporáneo y su validación es un acto de fe. Se debe *creer* que lo que se dice es cierto, además de creerlo hay que asumirlo sin cuestionarlo. Entre más enredado mejor.
- B. El arte contemporáneo es un *tour de forcé* que se puede lograr una vez que se atraviese por una gran pista de filtros.

En aras de justificar ahora mi propia obra y después de pensarlo largamente presento al mundo mi marco conceptual que para mayor precisión acoto en pie de página².

Ahora bien, como punto final de esta reflexión personal basada en una intrahistoria artística revisemos: supongamos que un artista mayor o viejo como yo logra superar los seis filtros que hemos venido describiendo y pasa a una convocatoria X, podría sucederle lo siguiente:

Luego de enfrentarse a sus compañeros de trasegar, digamos unos quince o veinte artistas quedará supeditado al albur de los jurados, última escala de poder y por supuesto, filtro. (Séptimo filtro). Esta última curva peligrosa en la carrera del artista deja colegir que tal vez, solo tal vez, ninguno de los convocados sea mejor que otro sino que dadas todas estas condiciones ajenas al arte propiamente dicho puede resultar que cualquiera puede ganar. ¿Por qué? Porque en el arte contemporáneo en Colombia, no se trata de ser buen o mal artista, ni siquiera importa la disciplina y los años de trabajo que podrían sustentarse en el hecho de contar con un repertorio de obras abundante que demuestre años y años de búsqueda incansable,



2 Referentes teóricos para la lectura de la obra

eso no es tan relevante, se tratará en últimas de un fenómeno de validación; se trata del discurso; de una idea conceptual, la cual, si es el caso, se puede mandar a hacer en el taller de la esquina, se trata de los jurados.

Puesto de otra forma, para ganar este premio hipotético que he creado arriba, se requerirá en promedio de unos tres jueces, quienes de alguna manera tendrán que llegar a un consenso para otorgar el premio al elegido, quien a la postre podrá ser cualquiera.

Ahora bien lo siguiente puedo llegar a afirmarlo con absoluta seguridad: retornemos a nuestro ficticio concurso pero pensemos que se dispone de otra terna de jurados, ¿el ganador sería el mismo u otro, cualquiera? Quizá, cuantas veces cambiemos a los jurados esas veces un cualquiera distinto sería el ganador, claro está, si la decisión no está amarrada, que es una presunción especulativa que puede flotar cual fantasma.

De modo tal que no basta llegar hasta la última instancia, ahora los datos se deben echar a rodar porque no es sólo cuestión de mérito estar ahí, es cuestión de suerte, de que la suerte loca lo ponga a uno frente a unos jueces a los cuales les resulta interesante la obra y después del largo camino, por fin, el artista y su trabajo obtendrán la anhelada validación. Con documento oficial, firmado y sellado. ¡Cuánto se desconoce en este procedimiento la historia del arte!

En este mismo instante podrán estar pensando que este texto no es más que un gemido lastimero, porque de pronto quien escribe no ha podido hacer una exposición individual en sus veinte años de carrera. Pueden tener razón, hay una clara sensación de exclusión que a la larga desmotiva. Si se supera un filtro más adelante se encuentra otro. Las personas que, refiriéndome al ámbito institucional, definen las políticas culturales parece que no reflexionaran sobre el asunto, pues con un premio al año en el que de pronto se alcance a calificar, nunca será suficiente para la gran cantidad de artistas plásticos que no nos vemos representados, aceptados o incluidos en dichas políticas culturales elaboradas en suma por funcionarios. Me pregunto, ¿año tras año cuántos artistas son descalificados porque son más importantes los requisitos para participar que la obra que se presenta?

El mundo en el que vivimos actualmente es un lugar en donde podemos gritar a todo pulmón lo que nos incomoda pero no obtenemos respuesta alguna porque es un mundo sordo, una sociedad sorda por el exceso de vías de información no de comunicación. A personas como yo nos está quedando el silencio como única salida y salida de emergencia.

Cierro, al final sé a lo que me enfrento, sé qué tan grande es el animal de mis pesadillas, el que me impide el paso con su gordura. Siempre consigo esquivarlo y no decaer aun sabiendo que veré su rabo esconderse por la esquina esperando para saltarme encima e intentar frenar mi paso.

Sin embargo y a pesar de todo,
en mis ratos libres

Sueño.

Don Cualquiera